



CAPÍTULO IV

Francia.—Luis XIII y Richelieu (1).

A la muerte de Enrique IV, tan ventajosa para sus enemigos exteriores que parece obra suya, María de Médicis, su mujer, se esforzó por aparecer hondamente afectada; pero no bien se vió proclamada por la espada del duque de Epernon regente del reino durante la menor edad de su hijo Luis XIII, que apenas contaba nueve años, deshizo cuanto había hecho su marido. A pesar de haber tenido Enrique celos de Concino Concini, florentino, María le unió á Leonor de Galigay, su hermana de leche y confidenta íntima; Enrique era enemigo acérrimo de España, y María la brindó con la paz casando al jóven rey con la hija de Felipe III y á su hermana con el príncipe de Asturias; Enrique tenía depositada toda su confianza en Sully, y María le indicó que se retirara, de modo que vivió separado de los negocios hasta 1641, en cuyo tiempo escribió las memorias de su amado señor.

En la Francia de aquella época, conmovida por las facciones protestantes y feudales, enemigas de la centralización parisiense y de la monarquía, quizá vió la regente en la unidad católica el único apoyo de la unidad política. En efecto, los príncipes de la sangre, codiciosos de dominio y de adquisiciones, renovaron los tumultos reprimidos por Enrique IV, empuñándose en miserables intrigas, que por carecer de todo, hasta carecían de la energía que

(1) *Cantú*, tomo V, pág. 530.

requiere el delito; los jefes de las facciones acudían á pedir recompensas, feudos, gobiernos y participación en la autoridad, ganosos de renovar la obra empezada en la época de la segunda raza, y de sustituir la herencia de los gobiernos provinciales á la de los grandes feudos. Pero el torpe deseo de enriquecerse les impidió llegar á la grandeza política á que aspiraban, y María, mujer de espíritu y corazón pequeño, ocultando sus resentimientos bajo una sonrisa, los tranquilizó, dándoles enormes sumas por el «bien público.»

La Asamblea de los Estados, pedida por los descontentos, es decir, por los ambiciosos, y reunida pocos días después de declarado mayor de edad el rey, malgastó un tiempo precioso en pronunciar bellísimos discursos, en hacer vanos cumplimientos y promover cuestiones fútiles; pero los zelos que separaban á las tres clases, fomentados hábilmente por Concini, impidieron que se resolviera nada útil. El lugar-teniente civil, á la cabeza de una diputación del tercer Estado, había dicho á los nobles reunidos en la Cámara: «Tratadnos como á vuestros hermanos menores, y os honraremos y os amaremos;» pero al día siguiente el señor de Senece publicó una protesta de la nobleza diciendo: «Señor, el tercer Estado que ocupa el último lugar, ha olvidado sus deberes hasta el punto de creerse igual á nosotros. Me avergonzaría de repetir las palabras con que nos ha ultrajado, comparando vuestro Estado á una

familia compuesta de tres hermanos, cuyos primogénitos son los eclesiásticos, los segundogénitos nosotros y ellos los menores. ¿Adónde iríamos á parar si esto fuera cierto? Tantos servicios prestados desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades transmitidas por herencia á la nobleza, ¿la habrán, en vez de elevarla, humillado tanto, que deba estar con el vulgo en la íntima sociedad que la fraternidad impone á los hombres? Juzgad, señor: y por medio de una declaración dictada por la justicia, hacedlos entrar en el camino de sus deberes, y reconocer lo que somos y la distancia que nos separa.» ¡Tan alto rayaba la nobleza! De aquí que después de dichas y escritas un enorme cúmulo de palabras, de las que el pueblo no sacó otra cosa más que la obligación de pagar á los diputados, se separaron éstos para no volver á unirse sino de bien distinto modo el día del triunfo de 1789.

La administración fué confiada á la reina viuda. Quería ser déspota, pero no sabía reinar sola, y tan ardiente en la amistad como en la venganza, se puso en manos de Concini. Compró éste la mariscalía de Ancre en Picardía y obtuvo varios gobiernos; sostuvo poderosamente á María en la lucha contra los príncipes de la sangre y los grandes feudatarios; le indicó que, no pudiendo hacer la guerra á Austria, convenía tenerla por amiga; que no pudiendo destruir á los protestantes, era preciso debilitarlos; que no pudiendo deshacerse de los grandes, era preciso halagarlos. Más que el Consejo de Estado, hacia el consejo particular que celebraba todas las noches con la reina. Fué, pues, el blanco del odio general; se le llamó ambicioso, rastrero, mariscal sin acciones de guerra, ministro sin conocimiento de las leyes; y se le acusaba de haber disipado 40.000.000 reunidos por Enrique IV. Los aristócratas no podían tolerar á aquel advenedizo, hijo de sus propios méritos, no de su nobleza, y que nunca había reñido en duelo; les ofendía hallar cerradas las puertas de la cámara, que estaban siempre abiertas para la Galigay, por lo que se unieron á los protestantes; liga absurda del feudalismo y la reforma. Su plan era apoderarse de Luis XIII, que debiendo en aquella

época desposarse con Ana de Austria, se disponía á conducirla á París al frente del ejército, y al través del fuego de los revoltosos.

En lugar de hostilizarlos, Concini aconsejó que se transigiera con el príncipe de Condé, su jefe, y se concediesen gobiernos, sueldos y remuneraciones, haciendo que el rey declarase que habían tomado las armas por el bien público. Condé, que conocía la pequeña, pero no la grande ambición, envalentonado, se dirigió á la corte, con esperanza de eclipsar á Concini y quizá de destronar al rey; pero una vez en ella, fue arrestado. Este golpe de autoridad puso fuego á la mina; los príncipes descontentos y la regente acudieron á las armas; Concini se comprometió á mantener siete mil soldados, y habiendo quedado por dueño y señor, improvisó nuevo ministerio del que formó parte Armando Juan de Plessis, obispo de Luçon, que después, bajo el nombre de Richelieu, se hizo famoso por haber sostenido una situación cuyo peso rindió á Concini.

El jóven paje aragonés, Alberto de Luynes, fué colocado al lado del rey por María y su protegido Concini, con objeto de hacerle instrumento de influencia; pero él, que antes que en los demás pensaba en sí mismo, una vez conquistado el corazón de Luis á fuerza de acariciarle en su dilatada infancia, le enseñó los pasquines que contra María se escribían; sembró en su corazón la sospecha de que pudiera envenenarle, pues estaba rodeada de envenenadores y de brujos italianos, y por último, le indicó la idea de quitar de en medio al mariscal y comenzar á ser rey de hecho. Luis le escuchó; Concini fué asesinado y su cadáver destrozado por el pueblo: Vitry, autor de este asesinato, recibió el bastón de mariscal, lo mismo que Themines por la prisión de Condé: los bienes secuestrados á Concini, sobre cuyo cadáver se encontraron billetes endosados por valor de 2.000.000, é igual cantidad de metálico en su casa, fueron cedidos á Luynes, que era el nuevo amo de Francia, ciego de orgullo al ver á la aristocracia triunfar del pueblo y del monarca. La mariscalía de Ancre fué sometida á un proceso quizá más villano que imbecil, por haber llamado á Francia judíos, magos y astró-



logos; hecho talismanes, símbolos y pentágonos; usado de la sangre de gallo y de pichones para remedios; héchose exorcizar por frailes italianos, y subyugado á la reina con filtros. «El filtro, respondió la mariscala, es el ascendiente que todo espíritu superior tiene sobre otro débil;» y sufrió con dignidad aquella estúpida acusacion y aquella ignominiosa muerte.

La reina viuda fué relegada al castillo de Blois y Richelieu á Avignon, donde escribió de teología. Luynes se preparó á abatir el elemento hugonote y el municipal, como Ancre habia abatido el feudal; pero no tardó en posponer todo proyecto á la idea de enriquecerse y enriquecer á sus hermanos, dándoles cargos, pensiones y proporcionándoles ventajosos enlaces; fué duque, par, cuanto quiso. Su conducta hizo, pues, nuevos descontentos; María fué puesta en libertad; la guerra civil levantó la cabeza; Luynes, «que no sabia lo que pesaba una espada,» fué nombrado condestable, pero se vió precisado á recurrir á Richelieu, que restableció la paz y persuadió á María á que se retirase confiando su causa al tiempo. Luynes creyó hallar un apoyo en Condé y le devolvió la libertad: Condé desde entonces permaneció fiel al rey, pero esta determinacion y la ambicion del favorito excitaron nuevos tumultos; María los fomentó, pero se sometió á la razon de las armas; muchos señores fueron desposeidos de sus bienes, y se prometió el capelo á Richelieu; que tambien habia sabido hacerse necesario á aquel partido.

Ménos fácil fué apaciguar las guerras, reanudadas por motivos religiosos en apariencia, pero políticos en el fondo. Las provincias no podian ver con paciencia concentrarse toda la vida en Paris, y el triunfo de los mendigos de Holanda animaba á imitarlos. Tendiendo una mano á éstos y otra á los ginebrinos, se podia descomponer la monarquía en cierto número de municipios y formar una república federativa. Ya los hugonotes, á quienes el edicto de Nántes daba una especie de soberanía, celebraban sus reuniones, ora en Montalban, ora en Castres, ora en la Rochela, á las que concurrían diputados de todas las iglesias, miembros del consistorio, ancianos y embajadores secretos

de los reyes de Inglaterra, de Ginebra y Holanda y de los príncipes de Alemania. Primeramente imitaban á las municipalidades de Ginebra; despues quisieron elevarse á la forma social de Holanda, esto es, constituir una república religiosa, ordenada en círculos; cada círculo debia tener una asamblea provincial que gobernase y que eligiese los diputados que debían concurrir al consejo general; el duque de Rohan, que era yerno de Sully, ocuparía el puesto que allí ocupaba el príncipe de Orange. Por tanto, no solo trataban en las asambleas de religion y de conciencia, sino de política, de feudos y de libertad municipal, soñando siempre con el desmembramiento de Francia; estaban en relaciones con las facciones de la corte, el duque de Bouillon y especialmente el de Rohan no dejaban pasar ocasion que no aprovecharan; los del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra; los del Mediodía con España, pero los jefes, acostumbrados á vivir en la corte, ó cargados de años, no se sentían dispuestos á emprender de nuevo la vida de los campamentos, y de aquí que las facciones decayesen: por otra parte, el pueblo francés no estaba aún habituado á las ideas republicanas, y los nobles habian sido educados en la fidelidad al rey fidelidad que habian heredado con la sangre ó con los blasones; y aunque hacían armas contra él, era á título de allanar ciertos obstáculos: el genio monárquico de los franceses prevaleció.

Sin embargo, cuando el rey mandó que el Bearne fuese agregado á la corona, y se restituyeran á los católicos los bienes ocupados por los protestantes, éstos se levantaron; y á pesar de los esfuerzos de Mornay y Sully, reunieron una asamblea en la Rochela y se declararon independientes. Era, pues, preciso hacerles frente, y á Luynes fué confiado el mando del ejército; pero el desgraciado éxito de esta empresa agravó una fiebre que padecía, y sucumbió. Los auxilios del clero y el valor de Condé repararon en parte las primeras derrotas; se ratificó en Montpellier el tratado de Nántes, pero se demolieron, no obstante, todas las fortalezas de los hugonotes, excepto la Rochela y Montalban.

La reina madre, que volvió al favor á la



muerte de Luynes, hizo colocar en el consejo á Richelieu, que apartó de sí á cuantos pudieran servirle de estorbo. Este no tardó en aparecer como muy superior á los demás ministros, dando vida y movimiento nuevo á los negocios, pues era el único que tenía ideas claras acerca de la monarquía, y de la necesidad de salvar con ella la unidad francesa de las mezquinas ambiciones que amenazaban fraccionarla. Luis le aborrecía y decía á su madre: *No me habéis de ese hombre: es un ambicioso que se comerá mi reino;* pero no era la ambicion de Richelieu la ruidosa ambicion de Luynes y de Concini, en cuyo ejemplo escarmentaba. Hombre de severo aspecto, de noble continente, de conversacion clara, sin afectacion, de estilo limpio y conciso, de concepcion rápida, de espíritu atrevido sin faltar á miramiento alguno, tan hábil para seguir los grandes pensamientos como las pequeñas intrigas, amaba la verdadera gloria sin desdeñar la vana; sujeto á su voluntad todas las voluntades, inclusa la del rey; desafió el peligro del odio excitado por el terror; y como sus colegas tenían su superioridad, todas sus propuestas eran aprobadas. A un fin determinado dirigía los medios más contradictorios, y sabia seguir un pensamiento sistemático, transigiendo con los acontecimientos. Odiaba á las dos casas de Austria, y sin embargo, se unió á ellas siempre que convino á los intereses supremos quitar de en medio cualquier obstáculo que se opusiera á la unidad real, toda traba al trono.

Para conseguir esto era preciso no tener razon, y no contar las victimas. No teniendo en frente de sí ningun gran nombre, ni ninguna gran idea, sino sólo medianías y anarquía, le inspiraban sus enemigos un desprecio que le arrastró á grandes abusos; se pintaba á sí mismo diciendo: «No me resuelvo á emprender una cosa sin pensarla antes bien; pero una vez determinada, voy derecho al fin; todo lo destruyo, todo lo aniquilo y lo cubro despues todo con un vestido encarnado.» Siempre estaban encima de su bufete el Breviario y Maquiavelo. Valiase de los aliados como de instrumentos que sacrificaba apenas dejaba de necesitarlos. Cuando María le hizo elevar á la dignidad de car-

denal (1632), Richelieu le dijo: «la púrpura que debo á V. M., me recordará siempre el voto que tengo hecho de derramar mi sangre en vuestro servicio;» no obstante, María no tardó en conocer que se habia engañado creyendo poder reinar con su ayuda, y le echó en cara aquellas palabras, como si la gratitud fuera bastante á detener á un ambicioso en su camino.

Para poder satisfacer esa ambicion, para consolidar el régimen interior y la nacionalidad, convenia abatir á la aristocracia y á los calvinistas, los recuerdos del feudalismo, y las esperanzas de la república. La última paz no habia cortado tampoco las disensiones que debían durar interin conservasen los reformados sus anárquicas prerogativas administrativas y militares. En la asamblea calvinista de 1621, publicaron una declaracion de independencia, repartiendo en ocho distritos las setecientas iglesias reformadas que habia en Francia, regulando la contribucion de hombres y dinero; en una palabra, constituyendo la república protestante. Tambien ofrecieron 100.000 escudos á Lesdiguières porque se pusiese á su cabeza: pero Lesdiguières, que tenía ya ochenta años de edad y era señor de un pequeño reino en el Delfinado, se negó á admitir el mando de tan indisciplinado ejército.

Si Luynes habia querido apoderarse de las propiedades de los protestantes, Richelieu aspiró á tomar sus fortalezas: ganó para ello á Inglaterra y á Holanda, sus únicos amigos; y aliándose con los protestantes hizo conducir en sus propios buques los soldados encargados de tomar á la Rochela: firmó una paz con los hugonotes vencidos, sin curarse de que le llamaban papa de los calvinistas y patriarca de los ateos, porque así podia convenir á las nuevas necesidades del reino.

Continuaba en tanto en Alemania la guerra de los Treinta años. La Valtelina, pequeño país situado entre la Lombardia, los Grisonos y el Tirol, apetecido siempre por el Austria por ser el anillo entre sus posesiones en Italia á Alemania, del poder de los grisonos hubiera pasada al de España, de resultas de la revolucion de que en otra parte hemos hablado, si la oposicion de Luis no hubiera hecho que se diese en



depósito á Urbano VIII. Pero noticioso de que España iba á tomar cartas en el asunto, el cardenal, uniéndose á los protestantes, envió un ejército contra el papa para hacerle menos indeciso y á España más notable, é incontinenti hizo que el príncipe de Rohan invadiera el valle que por el tratado de Monzon, firmado por Francia, España y Roma fué restituído á los grisonos calvinistas. ¡Hasta tal punto se habia emancipado la política de las ideas religiosos!

Renovóse despues la guerra en Italia con motivo de la sucesion de Mantua, que disputaban al duque de Nevers, Saboya y España. Llegóse entónces el país á sangre y fuego: dos veces cruzó el rey los Alpes, vencedor; el mismo Richelieu se dejó ver en el campo de batalla, armado de punta en blanco: pero afortunadamente la paz de Cherasco y la de Millefleus hizo que se depusieran las armas, y fuesen reconocidos como tales duques de Mantua los Nevers: Saboya perdió en la contienda á Pinerolo, que ofrecia á los franceses una puerta por donde penetrar en Italia.

Cárlos I habia mandado á la córte de Francia á su presuntuoso favorito Buckingham; el cual, de resultas de haber requerido de amores á la reina, fué despedido. Rotas las relaciones, Buckingham, por venganza, instigó á su rey, y sobrevino la tercera guerra de los hugonotes. La Rochela, que era su único baluarte, confiando en el apoyo de los ingleses, se levantó, y Guiton aceptó su mando diciendo: «á condicion de que ha de permitirse me hundir este puñal en el corazon del primero que me hable de rendirse, y del mismo modo vosotros haced conmigo si pienso en capitular.» El puñal, en efecto, estuvo encima de la mesa del consejo hasta que terminó la guerra. Richelieu en persona puso el sitio; pero los nobles obedecian de mala voluntad, conociendo que una vez vencedor de la Rochela se volveria contra ellos; los hugonotes se defendieron con extraordinario valor entre los horrores del hambre; los ingleses respondieron á sus repetidos llamamientos, pero no obraron con bastante resolucion, y Richelieu, como hizo Alejandro en Tiro, cerró su puerto en el Océano con un dique de cuatro mil cuatrocientos cincuenta piés. Redu-

cidos por fin á comer cadáveres desenterrados, quedando apenas de sus veintiseis mil defensores, cinco mil, creyeron llegado el momento de rendirse, y Guiton, presentando las llaves de la ciudadela, dijo: «Señor, nos honra más obedecer al rey que sabe tomar nuestra ciudad, que al que no la sabe socorrer.» Las fortificaciones de la Rochela, que por espacio de dos siglos habian defendido los restos de la independencia municipal, fueron arrasadas, y los rebeldes, protegidos por España, que olvidó su renombre de católica; pero al cabo tambien se sometió el altivo duque de Rohan, y los protestantes se vieron despojados de las plazas que, por necesidad ó por generosa impudencia, les habia concedido Enrique IV.

Faltaba triunfar de la córte y abatir á los príncipes y á los grandes, que se creian independientes en sus Estados ó conmovian el palacio real, y poner bajo el dominio de la ley á los más elevados. Para obtener el asentimiento general, Richelieu reunió á los notables y les mostró la triste situacion de la hacienda, proponiendo los medios de darle vida, entre los que figuraban la abolicion de los grandes destinos, la compra de los bienes del patrimonio vendidos á poco precio, la imposicion del diezmo á las pensiones y la destruccion de las fortalezas interiores. Todo, como se ve, era contra los nobles, que pusieron el grito en los cielos; pero Richelieu pareció condescender con la opinion unánime. En una sola cosa fué contradecido pero por orden suya ciertamente; propuso que se mitigasen las penas por delitos de Estado, y al poco tiempo hizo que se elevase una súplica al rey, en que se pedia que conservasen su primitivo rigor: Richelieu, pues, podia castigar severamente, sin faltar á la ley.

Ya habian sido prohibidos los duelos, último refugio de las guerras privadas y miserable testimonio de nobleza; pero nada significaban las prohibiciones, pues que en ménos de veinte años se concedieron ocho mil cédulas de indulto á otros tantos nobles homicidas. Richelieu hizo ejecutar al pié de la letra las palabras de la ley, y el conde de Chapelles, el duque de Bouville y otros fueron ajusticiados. Un tribunal especial, compuesto de jueces de su eleccion para



conocer en los delitos de falsificacion de moneda y otros crímenes particulares, se convirtió en instrumento de la severidad ó crueldad de Richelieu. Tenia guardia para la seguridad de su persona; y de la guerra que le hacian los nobles y María, le compensó el rey nombrándole primer ministro. Cuantos aprovechando un momento de desgracia, se declararon contrarios suyos, sufrieron graves castigos, para ejemplo de los demas y regocijo de Francia. Faltábale deshacerse de María, cuya presencia le recordaba su ingratitud, é indujo al rey á ponerla en una prision: favoreció, no obstante, su fuga á Bruselas, por lo que quedó fuera de Francia.

Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, príncipe necio y ambicioso se afilió en un partido que le halagaba con la esperanza de llegar al trono; pero su ayo, el coronel de Ornano, que era el que sembraba en su mente estas ideas, fué arrestado de improviso por el vigilante Richelieu, y al poco tiempo murió en la prision. Irritado Gaston formó otra faccion, á cuya cabeza se pusieron el caballero Vandome, gran prior de Francia y el conde de Chalais; pero habiendo sido descubiertos, fué decapitado este último con terror de la nobleza y vilipendio de los Orleanses, cuya proteccion se vió que no bastaba ya á librar del suplicio. Gaston, que jamás quiso reconciliarse con el rey, casó con una hermana del duque de Lorena, con lo que se preparó la guerra civil; pero la actividad de Richelieu la dispó, de modo que tuvo que reunirse con su madre en Bruselas; ámbos declarados reos de lesa majestad.

Enrique de Montmorency, duque, y par, descendiente de cuatro condestables y de seis mariscales, y último vástago de la línea primogénita de aquella ilustre casa, valiente y generoso mancebo que en la batalla de Aviano se habia hecho acreedor al baston de mariscal, se propuso cortar de raíz la escandalosa discordia que dividia á la familia real, dando en tierra con Richelieu. Levantó, pues, el Langüedoc; Gaston se unió á él con un puñado de los suyos; pero los protestantes no lo secundaron, en tal estado de postracion se hallaban; las ciudades les cerraron las puertas y los campesinos huyeron de los pretendidos libertadores que

fueron dispersados en Castelnaudary. El duque de Lorena, que reclutaba en España y Austria su ejército, se vió precisado á renunciar sus estados en favor del reino, que extendió sus fronteras hasta el Mosa y el Rhin; y la *nacion* lorenesa pereció. Orleans se sometió; Montmorency fué herido y preso, y á pesar de las súplicas que mediaron, procesado y decapitado.

La sangre real derramada era una prueba de que nada detenia al implacable ministro; no bastaban á librar del suplicio ni categoría, ni favor, ni mérito. Sabia que en Francia abundaban las virtudes militares, y que era tan comun en los nobles el valor, cuanto rara la obediencia. Y obediencia era lo que el queria: cuánto debia gozar al ver abatidas, aunque fuera bajo el hacha, las más altivas cervices!

Sordo á la compasion, como junta de salvacion que pretende fundar la república, Richelieu llevó la monarquía á su desarrollo por medio del verdugo: abolió las concesiones á María y Enrique se vieron precisados á hacer á la religion, al feudalismo y á las provincias, y destruyó el espíritu de nobleza y de amor patrio de que Francia vivia.

Conociendo que era odiado, procuró asegurar su posicion. Muerto el condestable se opuso á que se proveyera su puesto; compró por 1.000,000 el almirantazgo de Montmorency; nombrado superintendente de marina y comercio, intentó introducir algunas mejoras en tan importantes ramos; y recordando que para conducir á la reina María á Francia hubo que fletar barcos toscanos, y para sitiar á la Rochela ingleses, aprestó en dos años veintitres navíos de guerra, entre los que se consideró como una maravilla *La Corona*, de setenta y dos cañones. Sólo atendia con particular interés á dos ramos de administración, la guerra y la diplomacia: introdujo en los demás algunas economías, y moderó los gastos.

Tampoco perdía de vista el interior, á fin de destruir las causas de conmociones y turbulencias; prohibió que se insertaran en los almanques predicciones alarmantes; instituyó un tribunal de censura literaria; señaló la hora en que debian cerrarse las tabernas; desterró la costumbre de llevar armas, y dió varias órde-